



EL PRESENTE ETERNO DE JUNG

DORIS ELENA AGUIRRE GRISALES

Editorial Universidad de Antioquia

Luis Fernando Macías
Las muertes de Jung
 Editorial Eafit, 2019

En una época donde el género biográfico se ha expandido, metamorfoseado y subvertido, leer *Las muertes de Jung* nos restituye la credibilidad en el hallazgo del sentido de la vida, de un lado, y en la constatación de la poesía de la existencia, del otro: “Así como la planta crece de una semilla y deviene, al

fin, un roble, así un hombre se convierte en lo que ha nacido para ser. Lo único importante es seguir la Naturaleza. Un tigre debería ser un buen tigre; un árbol, un buen árbol. De esa manera el hombre debe ser hombre. Pero para saber lo que es el hombre uno debe seguir la Naturaleza, e ir solo, admitiendo la importancia de lo inesperado” (pp. 59 y 150).

En esta novela, la narración nos interna en cuatro momentos definitivos en la vida de Carl Gustav Jung (1875-1961), cuatro instantes que funcionan como luces en el camino para, mágicamente, permitirnos tener una visión, no de los ochenta y seis años de vida del psicólogo y filósofo suizo, sino de los hitos que el narrador estima acontecimientos epifánicos en la existencia de quien tanto aportó al conocimiento de la psique humana.

Dada la extensión de la obra del biografiado (casi una veintena de libros, además de su autobiografía), se esperaría una novela donde se recorriera el casi un siglo de vida de Jung, donde se hablara de su contexto histórico, de su generación y del fondo en blanco y negro de la polémica que suscitó y aún hoy suscita. Nada de eso se encuentra aquí.

Luis Fernando Macías opta por documentar, madurar y escribir una breve novela biográfica no convencional, una novela estrechamente emparentada con el ensayo y con la prosa poética. A la manera de los *Cuatro cuartetos* de Eliot, en los que “lo que pudo haber sido y lo que ha sido / tienden a un solo fin, presente siempre”, en esta novela el narrador nos propone cuatro partes, construidas cada una con breves textos en los que desarrolla aquello

que anuncia su respectivo título: “Un guijarro del Rin”, “Visiones de otros mundos”, “El camino del misterio” y “El alma universal”.

Con cada uno de estos breves textos va dibujándose el personaje y en ellos van adquiriendo relieve, no sólo la riqueza descriptiva del espacio, de los objetos, de los sentimientos del protagonista, sino el modo como se revelan y elaboran los conceptos de Jung. De algún modo, estamos ante un mapa intelectual construido con los artificios de la ficción: las ideas emblemáticas de la teoría junguiana están aquí enunciadas, no de modo teórico o científico, sino adheridas a vivencias humanas pletóricas de sentido y simbolismo.

La estructura de la obra traza pues una línea dinámica y diacrónica en el tiempo para tratar de determinar “cuáles eran los momentos de su vida en los que se había operado la muerte simbólica, la presencia de la encrucijada cuya resolución determina el hilo del destino” (p. 55). Y en la trama construida con momentos elegidos para esta ficción, acaso en un juego de arquetipos, es posible ubicar los datos vitales, las anécdotas reveladoras del personaje Jung, pero sin perder de vista “la esencia espiritual de lo vivido” como diría uno de sus mayores biógrafos, Gerhard Wehr.

Y, si bien, para un relato interior la voz en primera persona puede ser la opción natural, la voz empleada en la novela, la de un narrador omnisciente (¿demiurgo?) que observa y sabe todo no sólo de la vida del personaje sobre el que se narra sino del personaje que todo esto construye, confiere un marco de verosimilitud histórica plenamente funcional. Y, más aun, con ella se matiza el magnetismo inevitable del personaje que pasó a la historia por su comprensión de la mente humana, pero también por su sincrético entendimiento de los mitos, de la alquimia y de la cultura.

Las muertes de Jung ofrecen, así, un viaje de revelación y comprensión de algunas de las ideas esenciales, de las imágenes, de los símbolos de Carl Jung. Cada capítulo se corresponde con un estadio en su vida intelectual. Puede reprochársele, desde una lectura de “no creyente”, que sea un viaje que concede más al universo onírico, a la compleja madeja de símbolos y, a la postre a la escuela, que al juego narrativo mismo. O que no se hubiera dejado tentar por la historia de la Historia para contarnos sobre un personaje que asiste a los hechos cruciales de la humanidad en el paso de un siglo a otro. Pero la apuesta literaria es clara en sus propósitos y no sólo los logra, sino que los ejecuta bellamente. La novela le apuesta a esa dimensión, no de las vivencias externas, sino de las internas, las sustanciales, finalmente.

Jung “sabía que su viaje interior no era la simple aventura de un individuo, sino el viaje del hombre como especie hacia la realidad del alma” (p. 26). Por eso es un libro que enseña, que produce el gozo del saber. Pero también es buena literatura que nos envuelve de principio a fin en su trama. Esta novela es, por último, otra forma, varias décadas después, de lo que sabe hacer Macías: ser un lector que se emplea a fondo y lee, relee, se interroga e incorpora desde su propia vivencia lo que lee. Ya lo había hecho con sus diarios de lectura de Manuel Mejía Vallejo, Fernando González y León de Greiff. Aquí hay investigación, ficción y poesía gracias a una difícil tarea de decantación, a un ejercicio sabio y amoroso desde la lectura. ■